

Mikiso Hane

Breve historia de Japón



Alianza editorial

El libro de bolsillo

Título original: *Japan: A Short History*
Traducción de Esther Gómez Parro

Primera edición: 2003
Cuarta edición: 2013
Novena reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: *El emperador Hirohito vestido para su coronación* (1928).
© Bettmann / CORBIS
Selección de imagen: Alicia Fuentes

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Mikiso Hane, 2000
© de la traducción: Esther Gómez Parro, 2003
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2003, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-5367-9
Depósito legal: M. 29.488-2011
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Prólogo
- 13 Introducción
- 21 1. De los orígenes a la era heiana
 - 24 Las eras Yamato y heiana: desarrollo político
 - 32 Evolución social y económica
 - 35 Evolución cultural y religiosa
 - 39 La literatura y la poesía
 - 42 Arte y arquitectura
- 44 2. La época de la hegemonía samurái: 1185-1600
 - 44 Evolución política
 - 50 El shogunato Ashikaga (1338-1573)
 - 53 Las clases sociales: el campesinado
 - 55 La situación de la mujer
 - 56 Evolución económica
 - 57 Evolución cultural e intelectual: la cultura samurái
 - 59 El budismo en la época Kamakura-Muromachi
 - 63 Arte y literatura
 - 67 Encuentro con Occidente
 - 69 Preludio a la hegemonía Tokugawa

72	3. El gobierno Tokugawa
75	El campesinado
77	Los habitantes de las ciudades
79	Otras clases sociales: los parias
81	La mujer en la sociedad Tokugawa
84	Evolución política
86	Evolución cultural e intelectual
89	La escuela del Aprendizaje Nacional
92	Pensadores en contra de lo establecido
94	La vida de los plebeyos
97	La vida en las ciudades
99	La cultura Tokugawa
102	Educación
102	Problemas políticos y económicos
109	El fin del aislamiento
113	La desaparición del régimen Tokugawa
122	4. La implantación del régimen Meiji
124	La Restauración Meiji
126	Reformas políticas
133	Redacción de la Constitución
137	Reformas sociales
138	Otros cambios institucionales
141	La reconstrucción económica
148	La educación
152	Manifestaciones intelectuales en los primeros años de la era Meiji: civilización e ilustración
154	Panorama religioso
156	5. Los últimos años de la era Meiji
156	El auge del nacionalismo cultural
160	La influencia occidental en la literatura

164	Evolución social
183	Situación política a finales de siglo
185	El enfrentamiento con China por Corea
194	La situación interna al final de la era Meiji
203	6. Los años Taishō: el camino hacia la democracia
203	Relaciones exteriores
208	Evolución de la política interior
212	Los movimientos socialista y comunista
217	Mujeres militantes
223	Vida intelectual y cultural
232	Avances socioeconómicos
238	7. Rumbo a la guerra
243	La aparición de los activistas nacionalistas radicales
249	Intentos de asesinato
251	La extrema derecha en la política interior y exterior
264	Rumbo a la guerra del Pacífico
272	Aumento de las tensiones internas y externas
285	La guerra del Pacífico y la derrota
303	8. El reformismo de posguerra y la reconstrucción
310	Reformas educativas
311	La nueva Constitución
312	Cambios políticos durante el gobierno del comandante supremo
315	Evolución política tras la ocupación
321	Desarrollo económico
331	Las relaciones exteriores y el comercio
337	Condiciones sociales

Índice

341	Problemas sociales
347	La posición de la mujer
350	Evolución cultural e intelectual
359	El cine
361	Arte y arquitectura
362	Cambios en la educación a partir de 1956
364	Los últimos años del siglo XX
366	Notas
374	Bibliografía
398	Índice analítico

Prólogo

Este estudio de la historia de Japón intenta presentar una visión general de los acontecimientos acaecidos en este país desde sus orígenes hasta nuestros días, mediante el análisis no sólo de los aspectos políticos y económicos, sino más concretamente de los temas sociales, culturales e intelectuales.

Los nombres japoneses premodernos aparecen transcritos al estilo tradicional, es decir, el apellido seguido del nombre. Para transcribir los nombres y términos contemporáneos se ha utilizado el sistema Hepburn. En la era premoderna, lo habitual era dirigirse a las personas por el nombre. Así, a los artistas y poetas se les cita como Hiroshige, Utamaro, Bashō, etc.

Deseo dar las gracias a mis amigos y colegas de la Universidad estadounidense de Knox por su apoyo y manifestar mi gratitud a los miembros de Oneworld Publica-

tions por su valioso asesoramiento y sus consejos durante el proceso de edición. También quiero dar las gracias de forma especial a Juliet Mabey por haberme animado a emprender este proyecto, y a Rebecca Clare y Alaine Low por su minucioso análisis del manuscrito para garantizar la claridad y precisión del texto.

Huelga decir que cualquier error o incoherencia es exclusivamente responsabilidad del autor.

Introducción

En 1998, Japón ocupaba el octavo lugar del mundo en número de habitantes. Más de 126,4 millones de japoneses se agrupan en un área de extensión similar a la del estado norteamericano de Montana. Las islas que forman esta nación son montañosas, con apenas un 14% de tierra cultivable. Aunque pobre en recursos naturales, este país es la segunda potencia industrial del mundo. Hasta el siglo XIX, Japón era una nación prácticamente aislada, si bien mantenía estrechos lazos culturales con Corea y China. Su vida social, política y económica ha sido moldeada esencialmente por factores y acontecimientos internos.

A efectos de periodización, las etapas prehistórica y protohistórica se han clasificado en Jōmon (de *ca.* 8000 a. C., o aun antes, hasta el año 250 a. C.) y Yayoi (de *ca.* 250 a. C. hasta el año 250 de nuestra era), respectivamente. La primera debe su nombre a la cerámica cordada caracte-

rística de ese período, mientras que la segunda lo recibe del lugar en el que se encontraron los objetos de cerámica pertenecientes a esta era. Le sigue el período Yamato (de *ca.* 300 al 710 de nuestra era), cuyo centro político estaba situado aproximadamente en la zona de la actual Kioto, conocida entonces como Yamato. A éste le sigue el período Nara (710-784), que recibe su nombre de la entonces capital. Ésta se trasladó a otra ciudad, para establecerse diez años más tarde en Heian, la actual Kioto, por lo que a este período se le conoce como heiano (794-1185). Más adelante, el clan Minamoto emplazó su sede oficial, el shogunato, en Kamakura (1185-1333), período al que siguió la era del shogunato de Ashikaga (1338-1573). Tras un cuarto de siglo de dominio de dos caudillos, Oda Nobunaga y Toyotomi Hideyoshi, el clan Tokugawa estableció su hegemonía y la unidad nacional durante su régimen, que duró de 1600 a 1867. Desde entonces, las distintas épocas han ido recibiendo el nombre de sus emperadores: Meiji (1868-1912), Taishō (1912-1926), Shōwa (1926-1989) y la actual era Heisei (1989-).

Desde un punto de vista político, tras la inmigración de pueblos procedentes del continente y, posiblemente, del Sureste Asiático, la historia de Japón ha sido una continua lucha entre varios jefes de tribus y clanes por imponer su hegemonía en las islas. Finalmente, el clan que logró imponerse estableció la dinastía imperial alrededor de finales del siglo V y principios del VI. No obstante, era la aristocracia cortesana la que, hasta el siglo XII, realmente ostentaba el poder durante la época imperial. El emperador era una mera figura representativa puesta en un pedestal, aunque nadie en toda la historia

de Japón se atrevió a eliminar el sistema imperial, que aparentemente contaba con todos los respetos. En el siglo XII, la aristocracia cortesana sufrió el desafío de la cada vez más importante clase guerrera, que estableció el gobierno samurái. Desde finales del siglo XII hasta el siglo XIX, diferentes clanes guerreros ostentaron el control político y ejercieron su poder a través de la figura de una especie de comandante general, el shogún. Estos líderes mantenían enfrentamientos periódicos con otros cabecillas militares, si bien desde principios del siglo XVII hasta mediados del XIX el shogunato de Tokugawa retuvo el control político. Aún así, se permitió que la corte imperial permaneciera en Kioto como gobierno simbólico del país. Por tanto, hasta mediados del siglo XIX –comienzo de la apertura de Japón a Occidente– existieron básicamente dos fuerzas políticas: la clase militar y la aristocracia cortesana. En 1868 se restauró, en teoría, la autoridad imperial, pero el poder político siguió estando en manos de diferentes camarillas, incluidas las militares, hasta la derrota de Japón en la Segunda Guerra Mundial.

Antes del siglo XIX, la economía japonesa era fundamentalmente agraria. El cultivo del arroz se introdujo en las islas alrededor del año 100 a. C., y los campesinos a duras penas se ganaban la vida trabajando las escasas tierras cultivables, sembrando arroz en los reducidos arrozales de las zonas llanas y construyendo terrazas en las laderas para plantar otros cereales y verduras. El cultivo de té y la cría de gusanos de seda se convirtieron también en una importante fuente de ingresos para los habitantes de los pueblos. Con el tiempo, llegaría a florecer la acti-

vidad artesanal gracias a la introducción, a partir del siglo V, de la artesanía procedente de China y Corea. La tierra cultivada por los campesinos satisfacía las necesidades materiales de la clase dominante, por lo que la lucha por el poder entre los caudillos tribales y los jefes de clanes constituía más bien una lucha por obtener el control de la tierra cultivable y de los campesinos que la trabajaban. El comercio era de tipo local, aunque el impulso de las relaciones comerciales con China en los siglos XIII y XIV favoreció la actividad mercantil y los contactos con el exterior, incluida la llegada de comerciantes y misioneros procedentes de Occidente. Las barreras a la apertura impuestas por el shogunato de Tokugawa en el siglo XVII perjudicaron al comercio exterior, pero el comercio interno se vio favorecido, y surgieron numerosos puntos comerciales.

Desde sus orígenes, Japón conoció una jerarquía establecida entre poderosos y súbditos que los servían en distintos niveles. Con la introducción de las ideas de Confucio durante los siglos V y VI, se vio reforzada la idea de mantener un orden social estratificado; de ahí que el énfasis confuciano por conservar la división entre clases «superiores» e «inferiores» y mantener unas relaciones adecuadas para asegurar la armonía social (que obligaba a las personas de rango «inferior» a comportarse de acuerdo con su posición dentro de los ámbitos familiar y social) haya quedado tan arraigado en las costumbres japonesas. Este imperativo social se vio reforzado, a finales del siglo XII, con la aparición de una nueva fuerza dominante: los samuráis, que impusieron el sistema jerárquico a golpe de espada. El shogunato Tokugawa es-

tableció una jerarquía social de samuráis, campesinos, artesanos y mercaderes que se basaba, a su vez, en la jerarquía confuciana de eruditos, campesinos, artesanos y mercaderes. Fuera de esta clasificación quedaban los llamados «impuros», los descastados. Este orden situaba a la casta samurái en la cúpula, por encima de todas las demás. Las distinciones de clase se conservaron incluso después de acabada la hegemonía Tokugawa y ya comenzada la era Meiji, en la que se empadronaba a los individuos como *shizoku* (antigua clase samurái) y plebeyos. También se mantuvo el estatus especial del que gozaba la antigua aristocracia, identificándola como *kazoku* (nobleza). La discriminación del grupo de los descastados se mantuvo igualmente, sólo que ahora bajo el apelativo de «nuevos plebeyos». La Segunda Guerra Mundial puso fin a las diferencias legales de clase, aunque continuó la discriminación social.

Esta evolución en cuanto a las diferencias de clase repercutió también en el lugar ocupado por las mujeres. Existen pruebas de que la sociedad japonesa fue, en sus orígenes, matriarcal, o al menos una sociedad regida por la línea materna. La aceptación de la filosofía social de Confucio y el ascenso de la clase samurái trajeron como resultado un declive gradual de la posición social de la mujer. En la era Tokugawa, la discriminación del género femenino llegó a ser muy acusada entre la clase samurái, pero las relaciones entre hombres y mujeres del pueblo llano siguieron siendo menos rígidas.

La situación geográfica de la isla ha influido en el pensamiento japonés, provocando un profundo egocentrismo y, en última instancia, un acusado nacionalismo. El

clan imperial y sus defensores fomentaron a lo largo de los años un concepto de singularidad y, sobre todo, de superioridad racial. El convencimiento de dicha superioridad y del carácter único del pueblo japonés se vio reforzado también por la reacción ante la poderosa influencia cultural de China. Como veremos después, esta reacción se puso de manifiesto en el nacionalismo cultural durante el período heiano (794-1185), en el nacionalismo budista de Nichiren durante el período Kamakura y en el resurgimiento del llamado «Aprendizaje Nacional» (*kokugaku*) durante el período Tokugawa. Este nacionalismo creció con la apertura del país a Occidente, ya que promovió un movimiento de afirmación de la autonomía japonesa frente a la invasión del mundo occidental. Más tarde, dicho nacionalismo se convirtió en militarismo e imperialismo frente a los países vecinos.

Otra característica de la mentalidad japonesa es el sentido de identidad de grupo, desde la familia hasta la nación en su conjunto, pasando por el clan, la comunidad y la provincia. En términos inmediatos, se trata de una identificación con el círculo social más cercano; de ahí que el individualismo en el Japón tradicional nunca llegara a ser un modelo de conducta aceptable. Esta tendencia a renunciar a los intereses individuales en beneficio del grupo se intensificó con la llegada del confucianismo y su código moral, forjado en torno a la familia. El énfasis concedido al interés del grupo desembocó en la idealización de valores tales como la sumisión, la obediencia, el sacrificio, la responsabilidad, el deber, etc. Al mismo tiempo, la importancia depositada en los intereses del grupo dio como resultado una estrecha mentalidad pro-

vinciana que distinguía claramente entre los que pertenecen al grupo y los que no. Esta mentalidad «grupala», en oposición al «otro», no sólo se aplicó al ámbito familiar sino también, en última instancia, a «nosotros, los japoneses», frente a los extranjeros.

En el campo cultural, religioso e intelectual, el factor más significativo de los que modelaron la vida tradicional japonesa fue la cultura china, que inicialmente llegó a través de Corea en el siglo IV y cuyo impacto crecería con el tiempo. El sistema de escritura y aprendizaje, la literatura, la filosofía, la religión, las artes, la artesanía y la arquitectura, entre otros, se importaron directamente o bien se adaptaron e incorporaron a la vida y la sociedad japonesas. El impacto cultural chino trajo consigo el florecimiento de la cultura y la literatura nativas durante el período heiano y en adelante.

La religión autóctona era el sintoísmo, una creencia esencialmente animista caracterizada por una estrecha identificación con la naturaleza. De hecho, se creía que muchos elementos de la naturaleza albergaban espíritus sagrados. La familia imperial abrazó el sintoísmo por intereses políticos, justificando así su derecho a gobernar como descendiente de la diosa Sol. De este modo, el sintoísmo politizado se transformó en la base del nacionalismo, en tanto que para el pueblo siguió siendo el centro vital del rito animista.

Con la llegada de la civilización china se introdujo el budismo, que fue muy bien recibido por la corte heiana. En el período Kamakura, las sectas más significativas difundieron ampliamente esta religión, que se convirtió en el credo principal del pueblo. En el terreno artístico, la secta Zen influyó en la vida estética japonesa desde el pe-

río Kamakura hasta nuestros días. La base del aprendizaje la constituyó el confucianismo, que fue adoptado por el shogunato como religión oficial durante el período Tokugawa y que, junto con el nacionalismo sintoísta, se convirtió, ya en la era moderna, en el pilar moral del sistema educativo.

El auge de la casta samurái en el período heiano tardío favoreció la expansión del otro credo con fuerte calado en la mentalidad japonesa: el código de los guerreros (*bushidō*). El lado «militarista» de Japón nació precisamente como reacción al sector civil, alimentado y fomentado en la corte heiana por los aristócratas, que, a su vez, habían adoptado de China el código de propiedad, decoro, moderación, compostura, etc. Los samuráis defendían la actuación directa y la decisión, por lo que el código de los guerreros, con sus valores espartanos, funcionaba como contrapunto al refinamiento de los aristócratas cortesanos, así como al cada vez más libre y hedonista modo de vida de los habitantes de las ciudades, que nacieron en la era Tokugawa. En consecuencia, el sistema de valores japonés, como el de otras sociedades, evolucionó de una manera polifacética.

A partir de mediados del siglo XIX, Japón comenzó a sentir la enorme influencia de la civilización occidental, aunque el pensamiento liberal y democrático no contó con la aceptación popular hasta después de la Segunda Guerra Mundial. No obstante, desde el siglo XIX, la cultura y el modo de pensamiento tradicional han ido evolucionando junto con el occidentalismo, dando lugar al peculiar carácter japonés.

1. De los orígenes a la era heiana

Ni arqueólogos ni historiadores han conseguido hasta el momento determinar con exactitud el origen del pueblo japonés. Se supone que varios grupos tribales llegaron a las islas en distintos períodos, y que algunos de los primeros inmigrantes fueron gentes tungúsicas procedentes del noreste del continente asiático. También se cree que algunos procedían del sur, en concreto del sureste de Asia o de China meridional. Lo que nadie duda es que contingentes de mongoles entraron en las islas por Corea. Entre los primeros habitantes de Japón se encontraban los antepasados del actual pueblo ainu, ubicado inicialmente en la isla de Hokkaido. De hecho, la lengua japonesa tiene vínculos con las lenguas polinesias y altaicas.

La primera etapa del Neolítico en Japón es conocida como período Jōmon. Hasta hace poco tiempo se suponía que este período se remontaba al año 4.500 a. C.

aproximadamente, y que habría durado más o menos hasta el 250 a. C., pero recientes hallazgos arqueológicos han extendido su origen hasta el 8.000 a. C. Los descubrimientos arqueológicos de 1997 han llevado a algunos a creer que la cultura Jōmon ya existía en el 10.000 a. C. En un principio, se pensaba que los pueblos Jōmon se dedicaban a la caza, a la pesca y a almacenar alimentos, pero los últimos yacimientos han puesto de manifiesto que ya practicaban la agricultura hace aproximadamente 6.000 años. Se han encontrado muestras de construcciones de viviendas sencillas, lo que revela que no eran simples cavernícolas. Su cerámica tenía un estilo distintivo a modo de impresiones cordadas en alto relieve o *jōmon*, término con el que se designa tanto al estilo como al período histórico.

La última etapa del Neolítico en Japón es conocida como período Yayoi, nombre de la región de Tokio en donde, en 1884, se descubrió la cerámica característica de esta época, que se diferencia de la cerámica Jōmon en que la primera incorpora el uso del torno y presenta un color rojizo y una decoración elaborada. Se supone que el período Yayoi comenzó en torno al año 250 a. C. al norte de Kyushu, y que se extendió hasta aproximadamente el año 250 d. C. Este período fue testigo de la introducción del cultivo del arroz desde el sureste de Asia o China, dando lugar a un peculiar estilo de vida económico y sociopolítico que gobernó la cultura japonesa hasta la moderna era industrial.

En el período Yayoi existieron dos grandes centros de población: Kyushu, al norte, y Yamato, en el centro de Japón, en el área que rodea la ciudad de Kioto. Se cree que

los coreanos, conducidos por jefes de clanes, realizaron incursiones cada vez más frecuentes en los últimos años del período Yayoi. Al contar con mejor armamento militar y, quizás, con guerreros jinetes, pudieron expandir su influencia política hasta el norteño Kyushu y, finalmente, hasta el centro de Japón.

La historia tradicional japonesa consideraba a los primeros inmigrantes coreanos como extranjeros que habían sido «niponizados». Los últimos datos aportados por Corea indican que los coreanos no eran considerados extranjeros, sino un pueblo similar a otros que habían llegado antes, mezclándose con su población, y que ejercía un papel cada vez más importante en los ámbitos político, cultural y económico del primitivo Japón. De hecho, muchos de los emperadores incluidos en la línea de linaje imperial eran, en realidad, coreanos. La entrada de población coreana y china continuó hasta los siglos VI y VII.

No existen testimonios escritos de la primitiva historia de Japón, ya que no contaban con un sistema de escritura. Los primeros escritos históricos se remontan a los siglos V y VI, años en los que China introdujo de forma importante su cultura y su conocimiento. De hecho, son los anales chinos los primeros que ofrecen datos sobre el primitivo Japón. Se pueden encontrar referencias a Japón en la *Historia del reinado de Wei*, escrita en el año 297 de nuestra era. Más adelante, se menciona Japón en la *Historia de la última dinastía Han*, recopilada en torno al año 448. Estos testimonios indican que Japón atravesó un período de luchas civiles durante el siglo II, al mismo tiempo que mencionan a una reina llamada Pimiku (Himeko en japonés), una hechicera que practicaba magia y

brujería. Supuestamente, esta mujer fue uno de los primeros líderes políticos, pero ningún historiador ha confirmado su posición como cabeza de la dinastía imperial. Tampoco existen pruebas concluyentes sobre el lugar donde vivía. Algunos afirman que en el norte de Kyushu; otros la sitúan en el Japón central, alrededor de la actual Kioto.

La historia nacional oficial antes de la derrota de Japón en la Segunda Guerra Mundial aseguraba que la dinastía imperial descendía de Amaterasu, la diosa Sol. Ésta envió a su nieto Ninigi a Japón para que gobernara la tierra. Ninigi se estableció en el norteño Kyushu, y su bisnieto Jimmu, el mítico primer emperador de Japón, abandonó Kyushu para reinar sobre el resto del país. Tras someter a los enemigos que se interponían a su paso, se estableció en la zona de Yamato y ascendió al trono en el año 660 a. C. Sin embargo, desde el punto de vista histórico, se cree en la existencia de numerosos clanes que luchaban por el poder. Existen pruebas históricas fidedignas que narran la llegada de muchos jefes de clanes desde el continente asiático a través de Corea y que, finalmente, el clan vencedor se asentó en la zona de Yamato. Por esta razón, el período comprendido entre aproximadamente el siglo III de nuestra era y principios del siglo VIII es conocido con el nombre de período Yamato.

Las eras Yamato y heiana: desarrollo político

De acuerdo con las conclusiones de algunos historiadores, el verdadero fundador de la dinastía imperial fue el emperador Sujin, que gobernó en los últimos años del si-

glo III de nuestra era. No obstante, otros historiadores opinan que Sujin también fue una figura mítica y que el primer soberano de la historia fue el emperador Ōjin, del que se cree que reinó en torno al año 400.

En realidad, Ōjin era oriundo de Corea, del reino de Paekche, conocido como Homuda en su época. Muchos historiadores sostienen que sólo los reyes y emperadores posteriores al reinado de Ōjin fueron verdaderos personajes históricos. En la época de Ōjin hubo otros jefes de clanes que trataron de imponer su gobierno. Todo parece indicar que quien obtuvo el control de la región de Yamato, y consiguió establecer la dinastía imperial que ha sobrevivido hasta hoy día, fue el emperador Keitai, a principios del siglo VI. Así pues, es posible que existieran tres dinastías principales en el período Yamato: los clanes Sujin, Ōjin y Keitai. Lo más probable es que fuera el sucesor de Keitai¹ el que impusiese su dominio sobre la mayor parte del Japón en aquel entonces.

Tras Keitai el clan imperial intentó centralizar el poder y reforzar su base política. A partir de los siglos IV y V, la influencia coreana y china se extendió a todo el país, y comenzaron a llegar a Japón sus conceptos culturales, intelectuales, religiosos y políticos. Desde una perspectiva política, el clan gobernante intentó fortalecer su posición adoptando las instituciones y prácticas políticas chinas. El personaje que supuestamente facilitó este proceso fue el príncipe Shōtoku (574-622), regente de la emperatriz desde el año 593 hasta su muerte. Algunos creen, no obstante, que los verdaderos reformistas eran miembros del clan Soga, que tenían ascendencia coreana.

Las reformas de Shōtoku desembocaron en la promulgación de la Constitución de los Diecisiete Artículos en